48.19

RODOLFO BENAVIDES

...entonces seremos dioses

2ª EDICION

"ENTONCES SEREMOS DIOSES", es, como las anteriores obras de Rodolfo Benavides, en verdad inquietante, pues además de explicar mucho de las obras precedentes, plantea novedosos problemas relativos al espíritu y al alma, con lo que produce inquietudes y crea interrogantes. Quien haya leído "LEVANTANDO LA CORTINA" y "DRAMATICAS PROFECIAS DE LA GRAN PIRAMIDE", sabe cómo Benavides aborda los temas más difíciles y abstractos, convirtiéndolos, por su amenidad, en novelas de ciencia-ficción y de misterio.

"...ENTONCES SEREMOS DIOSES" viene a dar la razón a la crítica que desde un principio dijo de RODOLFO BENAVIDES que ya desde su primer libro "EL DOBLE NUEVE" se destaca su novedosa forma de presentar los temas al grado de haberse dicho que estaba introduciendo una nueva escuela.

Al referirse la crítica a TORBELLINO DE SOMBRAS, otra obra de BENAVIDES, actualmente en prensa para su tercera edición, ha repetido los conceptos expresados cuando apareció el "DOBLE NUEVE", o sea, que BENAVIDES tiene el mérito de saber abordar temas espinosos y complejos, usando un lenguaje sumamente sencillo, al alcance de toda fortuna intelectual.

En la Segunda edición de "DRAMATICAS PROFECIAS DE LA GRAN PIRAMIDE"

(Sigue en la contrasolapa)

435

. . . ENTONCES, SEREMOS DIOSES . . .

RODOLFO BENAVIDES

...ENTONCES SEREMOS DIOSES...

NOVELA

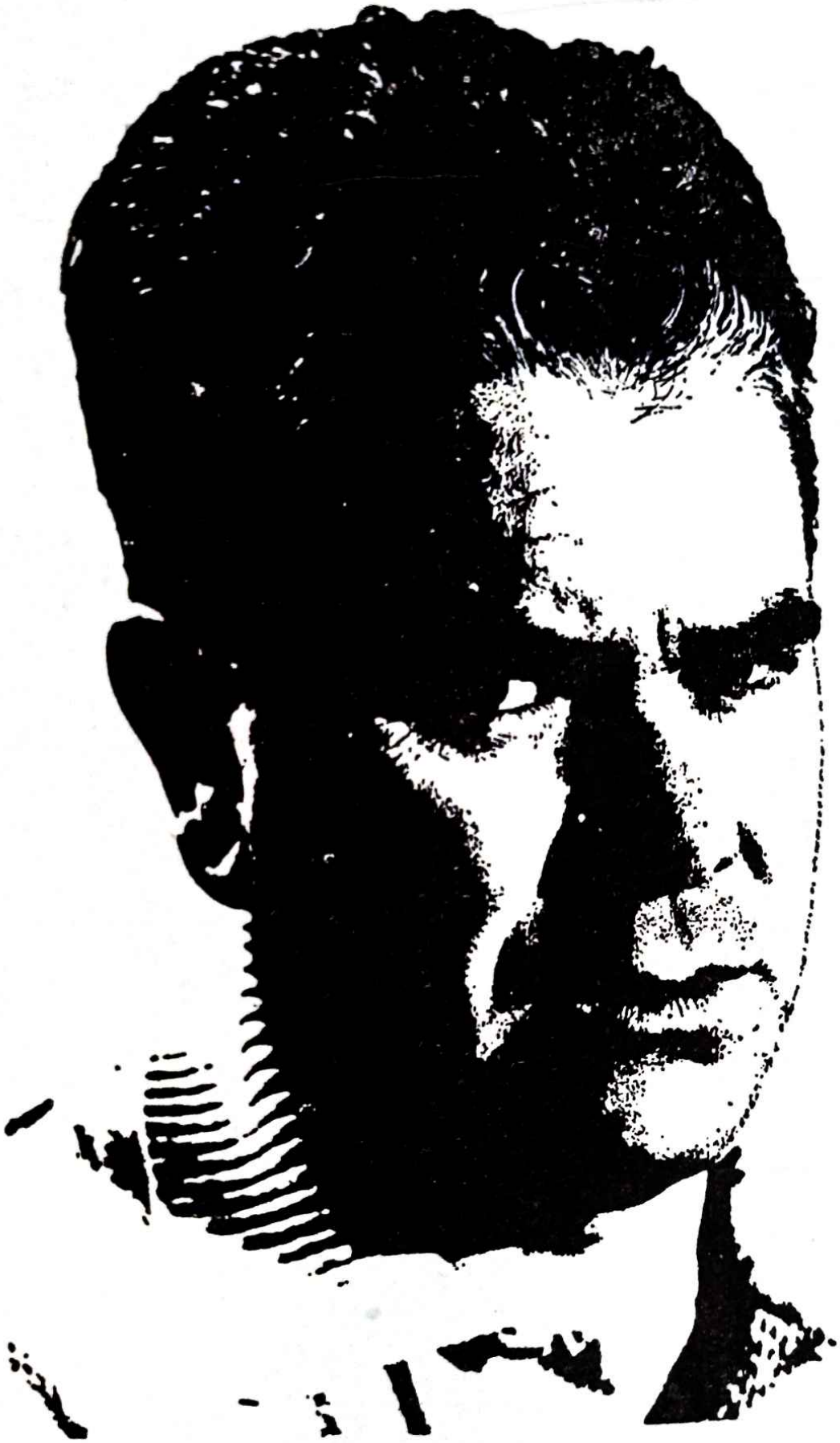
EDITORES MEXICANOS UNIDOS, S. A.
Luis González Obregón 5-B
México 1, D. F.
1 9 6 7

© 1967 POR EDITORES MEXICANOS UNIDOS, S. A.
DERECHOS RESERVADOS POR EL AUTOR

PRIMERA EDICIÓN, DICIEMBRE DE 1967

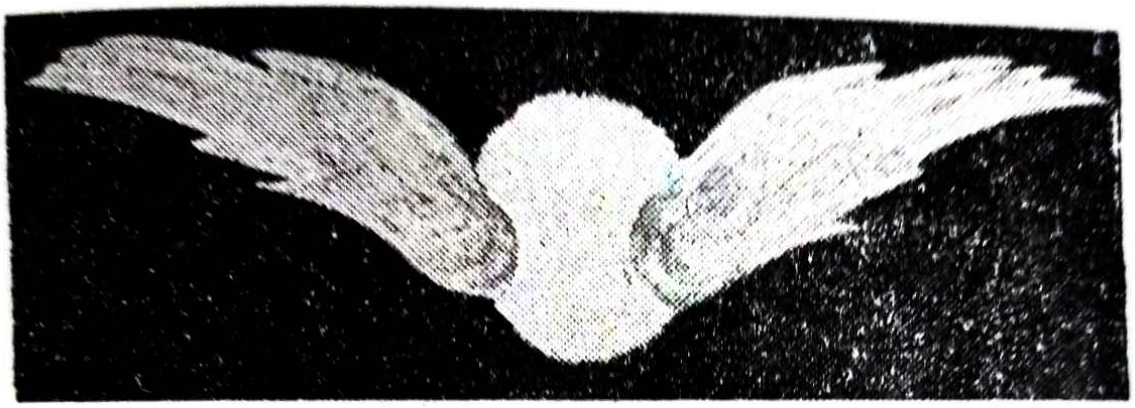
Printed in Mexico
Impreso en México

Impreso en los Talleres Gráficos Olimpo. Imprenta 205.
México 2, D. F.



RODOLFO BENAVIDES

...al doctor Juan Sperl,
afectuosamente.



Antes de leer este libro, durante unos minutos fije su mente en este símbolo; imaginando que el centro circular es de color amarillo oro y las alas de color rosa pálido. Al terminar esta concentración mental, piense que podrá significar. Lo que decida que significa, será la tónica espiritual en que se mueve.

Si hace usted bien la concentración mental, desde luego notará en usted mismo agradables resultados.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

TARQUINO

Tarquino tendría ocho años de edad, cuando se avecinó a su domicilio una tribu de gitanos cuyas ropas multicolores y pintorescas llamaban la atención en la calle y cuyas costumbres atraían a la chiquillería hacia el lugar donde habitaban.

Más de una vez, Tarquino tuvo la oportunidad de entrar a la tapizada y alfombrada habitación con puerta directa a la calle, misma que era utilizada como taller de caldereros, recámara y cocina, todo a la vez. Al entrar a esa casa, vio a los hombres de largos y negros bigotes que golpeaban con martillos boludos sobre gruesas láminas de cobre hasta convertirlas en cazos, en jarras o en algún otro utensilio doméstico que luego ponían a la venta en la puerta.

Las mujeres, después de caminar por las calles durante horas y más horas, diciendo la buena ventura a todo el que se cruzaba en su camino; o robando lo que podían; regresaban a su domicilio a preparar la comida en grandes peroles de donde todos los de la tribu tomaban su ración en la que abundaba el ajo y la cebolla.

En esa tribu de gitanos alegres y cantadores, había una niña aproximadamente de la misma edad de Tarquino, llamada Clarita. Al vecindario le encantaba pedirle que leyera las manos, entre otras razones, porque aún no sabía cobrar. Fue así, como un día de manera es-

pontánea, esa niña, al observar las manos de Tarquino se quedó indecisa, acabando por jalarlo de la mano, hasta que llegaron a la madre de la gitanilla a quien le dijo en mal español:

—Mira, mamá, no sé que quieren decir estas líneas que en la mano de este muchacho están formando la "Estrella de David".

Al decir esto la gitanita, señaló con el dedo índice las líneas a que se estaba refiriendo, mientras que sostenía la mano izquierda de Tarquino con la palma hacia arriba.

La mujer gitana, habló bruscamente en su propio idioma, seguramente reprendiendo a su hija; pero luego, mirando con más detenimiento la mano del visitante, exclamó sin ocultar su sorpresa, quizá miedo o por lo menos respeto:

—¡Josú! ¡Pero chico, tú no debiste nacer en este país! ¡Tú vienes de muy; pero de muy lejos! —Al decir, señaló con el dedo índice hacia arriba como aludiendo a un planeta o a una estrella. Siguió diciendo—: ¿Qué te trajo aquí? ¡Uyy! ¡Tus manos... bueno, nada tengo que decirte... tal vez algún día te tocará juzgarme...

La mujer hizo una larga pausa, mientras que llevaba la mano derecha a su frente a la vez que musitaba en su propio idioma algo que a Tarquino le pareció una oración. Luego, ya calmada, explicó al niño, sin soltarle las manos y como quien trata de penetrar hasta el alma:

—Algo hay que puedo y creo que debo decirte: viajarás mucho. Conocerás gente de este y del otro lado de la vida, digo: vivos y muertos. Estás señalado para acción en actividades que no serán entendidas pronto porque son cosas del espíritu.

El defectuoso castellano de aquella mujer con tan monótono tono de voz, pareció a Tarquino una plegaria de la que casi nada comprendió. La gitana guardó silen-

cio, dedicó una sonrisa amable al chico y tomando de la mano a su pequeña hija, entraron en su domicilio.

Cuando Tarquino relató el sucedido a su madre, ésta lo reprendió severamente, afirmando que esas personas viven del embuste, de robar cuanto encuentran a su paso y aun de robar niños que luego venden en ciudades lejanas. No obstante estos conceptos, días después sugirió al muchacho:

—Si vuelves a ver a esa gitana, la madre de la niña, pídele que te diga más, sobre todo, con mayor claridad; sí, porque según lo que me explicaste entiendo que cuando seas grande vas a ser enterrador o algo por el estilo. Claro que la señora hablaba en tono de broma, pues no creyó qu una palabra de lo que los gitanos decían.

El muchacho nunca volvió a entrevistarse con la gitana adulta; en cambio, sí conversó con la gitanilla quien afirmó:

—Mi mamá dice que si vivieras con nosotros, haría de ti un Rasputín o un Cagliostro. (Esa gitanita, andando los años se empezó a hacer famosa. Murió ya adulta y desde entonces, en su condición de espíritu y a consecuencia de sus atinadas e importantes predicciones, mucha gente la busca. En círculos ocultistas tanto de México como de Estados Unidos de Norteamérica se le conoce como "Clara la Gitana").

Naturalmente, el chico no entendió una palabra de lo que la gitanita dijo y por ello, pronto olvidó aquellos hechos. Sin embargo, muchos años después, siendo ya adulto, volvieron a su mente las palabras de aquella predicción; pero esto, curiosamente sucedió cuando él estaba ya adentrado en el estudio de los fenómenos extrasensoriales, como los llamó el doctor Carlos Richet, o supervivencia del pensamiento, como los llamara Sir Oliver Lodge; o fenómenos del subconsciente como los llamó Gustavo Geley; o espiritismo como vulgarmente se les conoce, desde Allan Kardec.

Tarquino jamás deseó convertirse en mago para realizar actos teatrales, en cambio, siempre le subyugó la idea de conocer el fondo; la intimidad del cómo y el por qué de esos fenómenos que hasta hoy no han sido debidamente estudiados, de donde resulta que quienes poseen realmente la facultad, generalmente viven en el ostracismo convertidos en entes raros, víctimas de sus propias facultades, pues frecuentemente sienten, ven y oyen cosas que los hace sufrir.

Podríase suponer que la afición de Tarquino a esa clase de investigaciones, tuvo su origen en las palabras de la gitana; mas no fue así, pues él fue sonámbulo desde muy pequeño y lo siguió siendo de adulto. Frecuentemente conservaba en su memoria detalles de sus excursiones como sonámbulo. Otras, estando dormido, anunciaba a su madre acontecimientos que luego se realizaron. Sus sueños fueron siempre tan claros, que afirmaba haberlos vivido en el plano físico. Andando los años supo que todas aquellas experiencias: desdoblamientos del espíritu o "viajes astrales", fueron sólo preparativos para algo posterior de mayor importancia.

Fue así como Tarquino, desde su tierna infancia, se inició en lo que después habría de convertirse en el eje de su vida. Ya en la edad mayor solía decir:

—¿Han visto ustedes esos juguetes modernos, movidos por pilas eléctricas? Pues bien, la generalidad de las personas se contentan con verlos en su aspecto exterior; yo no, pues deseo conocer su engraaje interno, hasta llegar al fluido eléctrico que hace posible su movimiento. Y en tratándose del ser humano, a ese fluido eléctrico yo lo llamo e identifico como "el espíritu". Sé que esa es una palabra abstracta, muy abstracta porque no se refiere a una cosa físicamente demostrable, ni perceptible por ninguno de los cinco sentidos, sin embargo, sé que existe, pues, ¿pienso?, ¡luego, soy!

Debido a las inquietudes ya dichas, Tarquino se so-

metió a cuanta disciplina se hizo necesaria, a fin de estimular sus latentes facultades, acabando por ponerse en contacto con entidades espirituales de importancia.

No obstante esa inclinación natural, Tarquino era en cierta forma, un escéptico. No era un místico, ni le agradaba concurrir a ceremoniales de sabor medioeval, ni creía en supuestos poderes mágicos, ni en conciliábulos entre magos vestidos de manera extravagante. El pensaba que todo eso tuvo su razón de ser en otros tiempos; pero que ya en el siglo veinte resultaba anacrónico puesto que no demuestra ni logra nada. Así, lo importante para él, no era lo aparente, sino lo que pudiera haber en el fondo de los fenómenos, por eso en el fondo escarbaba en busca de la verdad.

Siendo aún niño conoció a Agustín Callado en la escuela, desde entonces se hicieron muy amigos, inseparables en la juventud. Tarquino asistió a la boda de Agustín, quien murió durante el banqute. Después viajó hacia la ciudad de México en donde se radicó definitivamente.

El interés de Tarquino por los asuntos de ultratumba, acabó por llevarlo a un centro espiritista dirigido por don Rodrigo. Allí, para su tremenda sorpresa, se manifestó, como antes fue en lo mental, nada menos que su difunto amigo Agustín Callado. Por lo menos se demostraba con ese fenómeno lo que Sir Oliver Lodge afirmó: que el pensamiento supervive, ¿con forma física o sin forma?, ¡eso había que investigarlo! Por lo pronto, era evidente que el pensamiento de su amigo Agustín Callado aún vivía, y además, vivía al día, puesto que discutía sobre temas de actualidad, lo cual significa que no nada más supervive, sino que, además, evoluciona.

Conversó con su difunto amigo sobre los viejos temas que durante los años mozos a ambos interesaron. Luego, fue precisamente el pensamiento de Agustín —pensamiento si no se le quiere llamar "espíritu"— quien en su condición de "desencarnado", guió los primeros pasos de Tar-

quino por el inseguro, escabroso y combatido "más allá", visto e interpretado desde este mundo material y escéptico.

Desde muy joven, Tarquino manifestó su cariño hacia los libros y a las lecturas. Fue esa afición la que lo inclinó a estudiar la carrera de bibliotecario, profesión con la que modestamente se ganaba la vida en la ciudad de México.

* * *

Todo esto lo supo el autor de este libro, por boca del propio Tarquino a quien conoció en "LA TRIBUNA LIBRE DE MEXICO" a cuyas asambleas de los viernes solía asistir siempre en calidad de oyente, pues nunca llegó a dar ninguna conferencia ni siquiera intervino en los debates.

De las conversaciones con este personaje extraño, tanto, que se antoja de leyenda, nació la idea de escribir este relato.

Capítulo 2

EXTRAÑA VISITA

El que esto escribe, visitó en su domicilio a Tarquino, quien lo hizo pasar al pequeño estudio lleno de libros y papeles. Casi inmediatamente entró una sirvienta indígena llevando en una mano una charola de plástico, imitación de cristal cortado, rebosante de galletitas y en la otra mano una tetera de porcelana de estilo oriental, de la que se desprendía un vaporcillo oloroso a té jazmín. Puso todo sobre el escritorio, salió y regresó casi inmediatamente con dos tazas pequeñas y sus respectivos platos que puso igualmente sobre el escritorio y se fue. Evidentemente con frecuencia Tarquino recibía visitas, de ahí que la sirvienta estuviera habituada a atenderlas de aquella manera sin necesidad de recibir órdenes.

Mientras que Tarquino servía el té, empezó su relato, ¡su muy extraño relato!

—Sucedió —dijo al escritor que lo escuchaba—, una tarde de octubre, sí, fue una tarde excepcionalmente tibia y sin viento. Era la hora en que empiezan a encenderse las luces eléctricas en el vecindario, yo aún no encendía la mía porque esa ventana da hacia el poniente y por ella entra el sol hasta muy avanzado el día. Fue entonces cuando la sirvienta tocó a esa puerta que usted tiene a su espalda y me dijo visiblemente nerviosa: "Istá in el zagúan un siñor que quiere hablar con asté; pero es muy raro, como que me dio miedo primero y dispués sentí ansí, como gusto y no sé por qué."

Tarquino suspiró profundamente y continuó relatando:

—Me levanté de este mismo asiento que ahora ocupo y pregunté a la sirvienta: "¿Un señor raro, dice? ¡Será un pordiosero, tal vez un vendedor!" "No, no, no es nadita de eso —me contestó la sirvienta—, mejor asté lo mira."

A la vez que sonreía por su propio relato, Tarquino movía la cabeza. Prosiguió:

—Esas últimas palabras de la sirvienta las escuché estando ya cerca del zaguán que da a la calle, el mismo por donde usted, señor Benavides, entró hace un rato. Los dos perros de la casa que usted seguramente vio al entrar, estaban como habitualmente lo hacen, estorbando mi paso a la vez que movían la cola. El zaguán estaba casi cerrado, así lo había dejado la sirvienta, razón por la que no vi al visitante sino hasta que estuve frente a él. ¡Era ciertamente todo un personaje que habría llamado la atención no solamente en este barrio, sino aun en el centro de este gran México, pues las ropas de hindú no son frecuentes en esta ciudad.

—¿Quiere utesd decir que el visitante venía vestido de hindú? —preguntó el escritor.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo —contestó Tarquino—. Era un hombre alto y de complexión fuerte, cara alargada, piel morena y barba cerrada, pero muy bien cuidada, tan negra como su pelo descubierto, pues no llevaba sombrero ni turbante. El saco, no tan largo como se usaría en India según es la forma tradicional, ni tan corto como se acostumbra en México.

—Pues sí que debe haber sido un señor espectáculo —comentó el escritor.

—Sí que lo fue —afirmó Tarquino— sobre todo, por lo inesperado. No obstante, le aseguro a usted, señor Bevanides, que no fueron ni su ropa ni sus facciones lo

que me impresionó, sino un algo que no puedo definir, debido a la sorpresa que recibí.

Al abrir la puerta, recibí el saludo típicamente hindú; consistente en llevar la mano derecha a su frente y de ahí al corazón, a la vez que inclinaba el cuerpo hacia adelante. Lo primero que imaginé, fue que se tratara de algún empleado de la embajada o del consulado de India, que quisiera informarse del por qué del interés tan particular, que yo tenía por conocer a ciertos personajes de ese país. Efectivamente, el turista común y corriente se limita a recibir informes y promesas de las agencias de viajes, mientras que yo había escrito a varias personas pidiendo informes de cómo encontrarme con anacoretas de alguna valía.

—¿Y qué sucedió en final con el hindú? —preguntó intrigado el escritor.

—Pues verá usted —contestó Tarquino—, yo no sabía como inciar la conversación, limitándome torpemente a preguntar: "¿Es a mí a quién usted busca?"

El visitante me contestó hablando en muy buen inglés, idioma que yo entiendo y hablo regular: "Supongo que sí es usted a quien busco. Mi visita es en relación con una carta que recibí en Delhi..." ¡Ah!, ¡ah! —contesté todo confundido—: "Pase usted, perdone mi torpeza". Como usted comprenderá, señor Benavides, todo yo me volví atenciones y caravanas, con las que trataba de borrar la mala impresión que hubiera producido mi torpe proceder del principio.

Tarquino sonreía enigmáticamente. Continuó relatando:

—Al entrar al patio y antes de llegar a la terraza que nos conduciría a este estudio, es decir, el mismo camino que usted siguió hace un momento, observé que los perros, contrariamente a su costumbre e instinto natural de ladrar al desconocido, se mantenían alejados gruñendo sordamente, visiblemente asustados, como queriendo

huir. Después he comprendido el fenómeno: ellos no estaban mirando un ser humano, sino un fantasma.

El escritor, incrédulo, abrió los ojos sin pronunciar palabra, tal vez no comprendía muy bien lo que Tarquino le relataba; pero sí entendía el fenómeno en los perros. Tarquino tal vez se equivocara en sus apreciaciones; pero los perros seguramente que no se equivocaban. Tarquino continuó hablando en tono de quien añora:

—En fin, llegamos a la terraza, que como usted puede ver, está rodeada de macetas con plantas que en primavera producen muchas flores. Pues bien, lo admirable de todo esto empezó cuando el hindú se dirigió a una flor de dalia ya casi marchita.

Tarquino se levantó de su asiento, fue hasta la ventana y asomándose, rogó al escritor:

—Asómese usted aquí, señor Bevanides, vea, es aquella planta la que está en la maceta azul. ¿Ya la vio?

—Sí, sí, ya la estoy mirando; pero ahora no tiene flores —contestó el escritor sin la menor idea de la importancia que todo aquello pudiera tener.

—No, no tiene flores, esta no es su época ni lo era tampoco en aquella memorable ocasión de que le vengo hablando —afirmó Tarquino y siguió diciendo—: La flor de dalia de que le hablo estaba medio marchita y miraba hacia el suelo porque el tallo moribundo estaba doblado. El hindú visitante se detuvo frente a la dalia y poniendo los dedos de la mano izquierda debajo de la flor, la levantó delicadamente, la miró con atención y cariño y la acarició con los dedos de la mano derecha; pero de manera tan suave, con tanta delicadeza, que la planta no se movía y llegué a creer que la flor se penetraba en las manos del hindú. Así, aquel hombre recorrió lentamente varias veces el tallo moribundo desde la tierra hasta la flor; entonces, con voz sumamente suave que apenas le oí, dijo: "¡Hermosa flor! ¿No es verdad?

¡No sería justo que muriera hoy, cuando yo hago esta visita! ¡Démosle algo de vida para que quede en este sitio un pequeño recuerdo de este momento!

Tarquino parecía nervioso, seguramente le afectaba ese recuerdo. Continuó:

—¡Hum! —respondí al hindú—. No es ya la época de estas flores. Esta es seguramente la última del año y eso, gracias al mucho ciudado que se tiene con estas plantas para evitar que los vientos fríos del otoño las acabe.

Tarquino hizo un ademán de inteligencia al dirigirse al escritor a la vez que decía:

—Veo que no toma usted el té. Qué, ¿no le gusta?

—No es eso precisamente, lo que sucede es que me pone usted en tensión nerviosa con su relato. Además, efectivamente, el té es, para mi gusto, de un sabor agradable; pero raro, está muy perfumado. Pero, ¡caramba! no se fije en ese detalle que no vale nada, continúe su relato, se lo ruego.

—Muy bien —contestó Tarquino—. Debo advertirle que es de la India, de esa clase de té no llega mucho por aquí. En fin, prosigamos. Después de breve diálogo entre el hindú y yo, continuamos caminando hacia este sitio que para entonces estaba ya en penumbra debido a que la tarde estaba ya muy avanzada. Invité al extranjero a tomar asiento precisamente en esa silla que usted ahora ocupa, señor Benavides. Me disponía a encender la luz eléctrica, cuando el raro visitante, alzando la mano, me rogó con voz suave que no lo hiciera

Tarquino tasió un poco, dio algunos tragos a su té y acomodándose en su asiento giratorio continuó relatando:

—Como usted guste —contesté—, y una vez sentados quedó el escritorio de por medio tal como estamos usted y yo en este momento. Fue el hindú quien inició la conversación: "Recibí una carta que usted envió a una persona de mi amistad en India. Me gustaría saber lo que realmente le interesa de aquel país, pues no lo supongo

a usted un turista comun y corriente." Tiene usted razón —le contesté—, tengo interés en visitar India; pero lo haré hasta que haya recibido la información que anhelo y que supongo usted me podrá dar. Soy un estudiante, seguramente fracasado; pero estudiante al fin, de ocultismo, espiritismo, etc. Bueno, usted me comprende. Me interesa todo lo relativo al más allá. Supongo que en India se practican muchas disciplinas de este orden; aunque es lógico suponer que lo que realmente vale, se realiza a puerta cerrada, fuera del alcance de los profanos. Es por eso que deseo tener amplios informes antes de aventurarme en una búsqueda que podría resultar un fracaso, lujo económico que no me puedo permitir.

Tarquino hizo corta pausa para dar un nuevo sorbo a su té, el escritor lo imitó sin pronunciar palabra. El relator continuó diciendo:

—Aunque yo estaba hablando con firmeza y seguridad, la realidad es que algo me inquietaba muy en lo íntimo. Las sombras hacían que no distinguiera el rostro del visitante, sino únicamente su silueta nimbada por un aura, un halo luminoso de gran intensidad y de color oro y azul, todo ello de enorme belleza. Era tan notable el fenómeno, que seguramente cualquier persona que hubiera entrado en ese momento lo habría visto sin dificultad. Esto fue lo que me cohibió a seguir explicando mis aspiraciones, pues no siendo esa la primera vez que presenciaba fenómenos de esa índole; aunque nunca tan hermoso, comprendí que estaba frente a un maestro de categoría, y ahora, lo que me inquietaba, era conocer la reacción que yo le hubiera producido.

—Oigame Tarquino —interrumpió el escritor—, le creo, porque usted me lo está diciendo y no tengo derecho a dudar; sin embargo, palabra que me está costando mucho trabajo creer lo que me cuenta.

Tarquino se limitó a hacer un dengue con semblante triste y continuó:

—El hindú me preguntó: "¿Posee usted alguna facultad de orden supranormal?" y yo le contesté: "He tenido ya algunas experiencias, a mi juicio importantes", él insistió: "¿Ha realizado alguna disciplina en particular, digo: algunos ejercicios especiales para desenvolver sus facultades o éstas se han manifestado espontáneamente?" Le contesté: "Ambas cosas. Mis facultades naturales han sido guiadas por un maestro de espiritismo, el mismo que me dio las direcciones en India a donde he escrito pidiendo informes. El, por su parte, también ha enviado correspondencia en relación a mi viaje que deseo sea pronto y fructífero".

Tarquino se recargó en el respaldo de su silla giratoria, dedicó una sonrisa al escritor y continuó con su relato:

—El hindú me preguntó: "¿Le gustaría que hiciéramos en este momento un pequeño experimento?" Le contesté que sí; "¿qué desea usted que haga?" "Muy fácil" —me contestó— "adopte una posición cómoda en su silla, con las manos sobre el escritorio y las palmas hacia arriba con las manos abiertas. Cierre los ojos y procure la concentración mental para lograr el trance".

—Señor Benavides —dijo Tarquino al escritor—, le aseguro que yo estaba en ese momento positivamente disfrutando una sensación de felicidad que es muy difícil describir. Me sentía en una seguridad, en un elemento tan mío que aquel personaje al principio tan raro, me parecía que fuera alguien de mi familia en quien podía tener plena confianza y, en consecuencia, hice tal como me pidió. Este tipo de ejercicios los vengo haciendo desde hace muchos años, de manera que al obedecer la orden, casi inmediatamente sentí la sensación de caída profunda, algo así como si esta silla hubiera empezado a girar sobre su eje a cada instante a mayor velocidad. Esta sensación no perteneció a mi consciente, sino al subconsciente. Fue aquel un estado anormal que nunca an-

tes había experimentado y todo con gran intensidad y rapidez, luego perdí la noción del existir. Salí del estado de trance a la completa normalidad sin distinguir el tiempo que permanecí en el fenómeno que supongo habrá sido de unos pocos minutos; pero lo mismo pudieron haber sido horas.

El narrador hizo una pausa, sonrió con un dejo de tristeza como quien añora pasados goces y continuó explicando con cierto entusiasmo:

—Ya completamente consciente, yo esperaba que el oriental iniciara la conversación, cuando alguien de mi familia encendió el tubo flourescente de la terraza, quedando este estudio a partir de ese instante iluminado por la luz que entraba por esta ventana, quiero decir: luz indirecta y ligeramente azul. Es verdad que mucha de la belleza del aura del visitante se perdió debido a esa luz; pero, en compensación, quedó casi visible un rostro sombreado; pero agradable y risueño que dijo: "Hermano mío, tengo mucho gusto en saludarte como a uno de los nuestros. Llegada la oportunidad recibirás el gozo que yo en este momento disfruto. Como no dispongo ya de tiempo, debo decirte en pocas palabras el por qué de mi visita".

Tarquino con ojos de admiración dijo al escritor:

—¡Algo estaba sucediendo! La voz del hindú parecía opacarse, alejarse de este sitio y el aspecto físico de su cuerpo parecía diluirse, esfumarse, evaporarse, bueno, quiero decir que me dio la sensación de que se estuviera desapareciendo gradualmente.

—¡Oiga Tarquino! —comentó el escritor—, ¡se me enchina el cuerpo! Bueno, continue, que ya quiero saber el final de esa aventura.

—Pues verá usted —contestó Tarquino—, el hindú me dijo: "Mientras hubo tiempo y manera de hacerlo en lugares apropiados, se fue educando a los espíritus de buena voluntad, que estando encarnados quisieron acep-

tar una misión originada en esferas superiores. De esos espíritus que pasaron por nuestros lamasterios a lo largo de siglos, muchos no volvieron después de la primera experiencia, simplemente porque no soportaron ni la disciplina ni el trabajo indispensables para preparar, no a una materia transitoria y de vida corta; sino preparar, a través de muchas encarnaciones, a los espíritus que algún día tendrían que hacerse cargo de una intensa e importante labor. El estudio, por lo tanto, para algunos, no se limitó a una encarnación, sino a muchas de ellas y ese es exactamente tu caso".

Tras breve pausa, Tarquino explicó al escritor que lo escuchaba sin pestañear:

—Comprenderá usted que poco más o menos eso fue lo que el oriental me expresó, quien parecía seguir desintegrándose, a la vez que sus paabras se alejaban, hasta el grado de que conservo recuerdo de ellas, más como si hubieran sido ideas o palabras propias, que escuchadas. En fin, todas estas cosas, por pertenecer a un mundo que no es material y tangible, resultan difíciles de describir. El hindú se tomó un segundo de pausa, aparentemente para recuperar energías, luego continuó con su voz poco vibrante: "En Akash, a donde el destino del mundo y de los espíritus y de los hombres está escrito, leímos la época en que la bota militar aplastaría nuestros santuarios; por ello, previo plan, solamente algunos de los viejos adeptos y algunos pocos de nuestros "Iniciados" encarnaron este siglo en Tibt, para enfrentarse a la crisis que inevitablemente vendría, puesto que en el libro de los tiempos estaba escrito que debía suceder. Los demás, los viejos amigos, los que de tiempo atrás aceptaron plenamente tener responsabilidad, viéronse obligados a encarnar en puntos diversos del planeta, frecuentemente en condiciones adversas; empero, será así cómo podrán demostrar, en primer lugar, que de verdad absorvieron la enseñanza y en segundo, que están dispuestos

a aplicarla, ya no en el lamasterio tranquilo y cómodo, con el pan seguro y la benevolencia de condiscípulos y maestros; sino que las saben aplicar en el trabajo intenso y diario, frecuentemente casi sin alimentos y siempre rodeados de enemigos que no son otra cosa que espíritus que marchan retrasados y que protestan porque se les obliga a realzar mayor esfuerzo.

Tarquino dirigió una mirada de inteligencia hacia el escritor, como preguntando su opinión y siguió relatando:

—El raro visitante oriental volvió a hacer una pausa suspirando profundamente y al volver a hablar, su voz estaba ya mucho, mucho más lejos, no obstante que él pareciera estar aún presente, cosa que yo ya empezaba a dudar. Pero a pesar de todo, conservo clara memoria de sus palabras y créame que al repetírselas no han sufrido alteración; por lo menos alteración en lo fundamental. El hindú continuó diciendo: "Hace poco tiempo vino a visitarte un hermano radicado en Estados Unidos de Norte América, tú lo recuerdas bien. El y yo pertenecemos, como encarnados, a la misma fraternidad. El vigila para descubrir a su alrededor cuando aparecen signos de alguno de los nuestros, por eso te reconoció desde luego aunque no te lo dio a saber. Era mi deber venir a confirmar lo que él nos informó, por eso estoy aquí".

—¿Y de verdad había venido alguien a visitarlo antes? —preguntó el escritor intrigado.

—Sí, sí, naturalmente; pero vea usted, a mí me visitan muchas personas y aunque esa a que se refirió el hindú me dejó una huella muy especial, sin embargo, su visita no se salió de lo normal; total, preguntas, respuestas, algún comentario y eso fue todo. Ese señor me pareció un experto en la lectura de las líneas de las manos, pues me dijo cosas importantes; pero, bueno, eso no tuvo mayor importancia, así pues, continuemos con lo que el hindú me siguió diciendo: "Hermano mío —me dijo—, por hoy, baste decirte que eres uno de los nuestros.

Nosotros nada pedimos, veremos lo que tú haces. Te espero en India en la fecha que oportunamente, por carta, te daremos a conocer. Te será fácil encontrarme. No quiero que nuestra despedida sea material y como debo irme inmediatamente, ruégote entrar en concentración mental para que puedas recibir el final de mi mensaje".

Tarquino acomodóse en su asiento, mirando maliciosamente al escritor, quien manifestaba, más que todo, incomprensión. Tarquino sonreía satisfecho, soñaba con su ilusión. Aseguró:

—Ya se imaginará usted, señor Benavides, que hice tal como me ordenó y creo que instantáneamente entré en trance profundo, quedando a mi vista el escenario de mis encarnaciones anteriores; claro está, sin poder identificar época, puesto que la ropa, quiero decir, el hábito monástico, sencillo y muy conocido en varios países de Oriente, ha sido el mismo desde hace muchos siglos. Encontréme entonces, siendo uno de los que en grupo recibían el ordenamiento final, consecuencia de un largo y aprovechado estudio con su respectiva disciplina; pero me pregunto: ¿Sucedió aquello en alguna escuela iniciática, o se trataba simplemente de un fin de curso para un aficionado a lo esotérico, como yo a mí mismo siempre me he juzgado? —Tarquino se encogió de hombros.

Tarquino aseguró moviendo las manos para dar énfasis a sus palabras:

—De momento no me pude contestar aquella pregunta. Sin mebargo, en el mismo grupo de los que como yo, recibían el doctorado primero y las felicitaciones después, estaba nada menos que el hindú, el mismo que ya expliqué a usted, don Rodolfo, cómo llegó hasta aquí, hasta esa silla que ahora usted ocupa.

Al escritor, aunque pareciera increíble el fantástico escenario que Tarquino le estaba describiendo, no le correspondía más que escuchar, por cierto, con gran placer,

pues no son cosas que se oigan todos los días ni en cualquier parte. Esta clase de experiencias normalmente permanecen ocultas y cuando llegan a salir a luz pública, generalmente aparecen muy deformadas, consecuencia de prejuicios de tipo religioso; pero Tarquino era un verdadero "Libre Pensador" de manera que veía y relataba el fenómeno con toda naturalidad sin intentar darse más mérito del que en realidad le correspondiera.

—El escenario fue breve —aseguró Tarquino continuado con su relato—. Sí, muy breve, pero muy claro. Le aseguro, señor Benavides, que vi aquello en tercera dimensión. No se trata de imaginación o de ilusión; no, hombre, no, lo viví en el plano físico, no transparente, plano y deforme como son los ensueños nocturnos, sino perfectamente real. Y además de todo eso, fue suficientemente completo como para que en mi mente quedaran ideas precisas; no simbólicas respecto a la relación que pudiera haber entre mi persona espiritual y el visitante hindú. Todo, naturalmente, se refirió a alguna encarnación pasada.

—Oiga, Tarquino —interrumpió el escritor—. Todo eso que me ha dicho tiene más sabor de leyenda o de cuento, que de realidad, al menos para mí resulta difícil de creer.

—Pues sí —contestó el aludido—, precisamente porque priva ese concepto que usted está expresando, es que no avanzan las investigaciones. ¿Sabe una cosa, señor Benavides? Supongo que la naturaleza tiene un medio de conservar exacta memoria de todo lo que ocurre, lo mismo sea en lo grande que en lo pequeño, de manera que el secreto está en saber cómo obtener esa memoria en forma de visión.

—¿No es a eso que desde muy antiguo se le viene llamando "libro akásico" o Akash, como le oí decir a usted hace un momento? —preguntó el escritor.

—Sí, eso es —contestó Tarquino—, pero no me pre-

gunte cómo funciona porque lo ignoro y ahora, déjeme continuar con mi relato.

—Como usted prefiera —aseguró el escritor. Tarquino siguió relatando:

—Al despertar de esa tan agradable visión-recuerdo, más conocida en nuestro medio como "desdoblamiento del espíritu" o "proyección del cuerpo astral", con la vista busqué en este tan pequeño estudio al hindú; pero no estaba ya presente, lo cual me hizo suponer que estuve demasiado tiempo en estado de trance y que por ello el oriental se había ido sin esperar a que yo despertara.

Tarquino sonrió maliciosamente chupándose los labios, movió la cabeza como diciendo "que quiere usted, así fue", se encogió de hombros, se recargó en su asiento, haciendo rechinar los resortes de la silla giratoria y continuó:

—Me restregué los ojos con las manos a la vez que trataba de poner orden en mis ideas. Hice algunos movimientos gimnásticos para estimular la circulación de mi sangre y salí a la terraza con la esperanza de encontrarlo allí. Como no lo vi, pregunté a la sirvienta, quien a distancia permanecía espectante, y como siempre, con los dos perros que nerviosamente se movían de uno a otro lado; pero sin ladrar: "Ya se fue el señor, ¿verdad?" le pregunté.

—¿Eh? —fue todo lo que ella contestó abriendo los ojos llenos de admiración. Mi pregunta fue para ella enorme sorpresa.

—Intuitivamente comprendí —siguió diciendo Tarquino— que cualquier investigación al respecto sería sólo indiscreción y eso daría un mal resultado, pues no era de esperarse que ella entendiera el fenómeno, por eso, sin decir más y para evitar comentarios, regresé a este estudio y cerré la puerta a la vez que encendía la luz eléctrica interior. Tomé asiento aquí mismo donde estoy ahora y me puse a meditar, llegando a la natural

conclusión de que el visitante hindú no pudo haber sido persona física, quiero decir de carne y hueso, sino que en realidad fue sólo un espíritu actualmente encarnado; pero que llegó hasta aquí en condiciones de proyección astral, o lo que es lo mismo: el fenómeno de la ubicuidad.

—¡Ya esperaba esa afirmación! —comentó el escritor y agregó—: pero dígame: ¿qué quiere decir con eso de la ubicuidad?

—Quiero decir —contestó Tarquino—, que en verdad, su cuerpo físico se quedó dormido en algún lugar de India, por ello, lo que vi y con quién hablé, fue su espíritu. Ese es el fenómeno de la ubicuidad que los preparados pueden realizar con relativa facilidad. ¡Yo mismo en parte lo puedo hacer! Ciertamente, en esos casos, el mayor problema no es para quien lo produce, sino para quien lo observa, sobre todo si no tiene los conocimientos correspondientes. Pues bien, me encontraba sumido en esa profunda meditación cuando la voz de la sirvienta me sobresaltó. Me pedía que saliera a la terraza. Me apresuré a atender al llamado, porque como usted comprenderá, pensé en una nueva sorpresa y... ¡naturalmente que lo fue! La sirvienta, esa indígena de raza otomí, de la región del Mezquital, ignorante y analfabeta, es no obstante, muy avisada, sobre todo, tiene magnífica memoria. Pues bien, ella, sumamente nerviosa y señalando hacia la flor de dalia, decía: "¡Mire asté, miré asté...! ¡No istaba ansí la flor antis de que él viniera! ¡El la acarició...! ¡Virgen santísima... miré asté... la flor istá otra vez nueva...!

El escritor sonrió un tanto escéptico, pero se abstuvo de comentar. Tarquino dijo:

—Sí, parece increíble, a mí mismo me lo pareció; pero, señor Benavides, le aseguro que la admiración de la indígena estaba completamente justificada, pues el tallo de la flor marchita, aquella tarde moribunda y doblado, estaba de nuevo en la plenitud de la vida. ¡La flor...!

¡ah!... qué maravilla... la flor antes casi seca y caída hacia el suelo, estaba entonces mirando hacia el cielo, con sus pétalos aterciopelados, destellando color y vida. Reflejaba con intensidad sedosa la luz azul de la lámpara fluorescente y la luz rojiza que salía por mi ventana.

El escritor no resistió la tentación de asomarse por la ventana para observar el tubo de luz fluorescente que quedaba en el lado opuesto de la maceta aludida. Comprendió que debido a eso, la flor debió haber recibido luz de color distinto y de puntos opuestos. Pero el escritor se abstuvo de comentar, prefería seguir escuchando a su relator.

Tarquino se rascó la cabeza sonriendo y con aire de estupefacción. El escritor seguía observando el sitio donde ocurrió todo aquello. Tarquino continuó:

—Simulé desinterés, usted comprenderá que así debía proceder ante aquella indígena. No hice con ella comentario alguno y regresé a etse mismo sitio que ahora ocupo. Empezaba a poner en orden mis ideas cuando oí claramente en mi interior o en mis oídos, no lo sé, una voz que me dijo: "¿No me crees verdad? Mas un día vendrá alguien a quien crerás y entonces te acordarás de mí."

El escritor hizo un dengue interrogante. Tarquino estaba nervioso, su propio relato, el recuerdo de aquello que él vivió lo había puesto así. Continuó hablando con voz un poco temblorosa:

—Volví a salir a la terraza con el deseo de recibir aire fresco y a la vez dar un corto paseo por el patio, evitando desde el principio todo comentario con la sirvienta quien inhabitualmente seguía rondando cerca de las macetas, visiblemente nerviosa y siempre seguida de sus dos perros que parecían ya haberse tranquilizado. Obligadamente escuché de ella: "¡Ay, siñor! ¡Yo lis digo aquí a mis perros que ya istoy mirando visiones, igualito que ellos, que ya asté vido como si asustaron...!

—Que, ¿no tiene usted famliares? —preguntó el escritor.

—Sí —contestó Tarquino—, pero fueron a visitar a unas amistades. No quise, porque no acostumbro hacerlo, dar margen a conversación. Me limité a ordenar: "vea que la puerta de la calle esté bien y váyase a acostar."

Tras una pausa que sirvió para ordenar sus ideas, Tarquino continuó con su extraño relato:

—Poco después estaba ya de regreso en este estudio recordando el origen de las palabras que unos minutos antes escuché. Voces que llegan no del exterior, sino que parecen vibrar dentro de uno mismo. No son los oídos los que las reciben, sino el sexto sentido. "No me crees, ¿verdad? Más un día vendrá alguien a quien creerás y entonces te acordarás de mí."

—Supongo que me puede usted explicar eso —rogó intrigado el escritor y Tarquino le contestó entusiasmado:

—Naturalmente que sí. Esa es otra aventura que a mí me parece importante, a usted tal vez le parezca otra leyenda. Oigala usted: hace ya más de quince años, sucedió que un mexicano por sangre y por nacimiento, de baja estatura, delgado, de aspecto oaxaqueño y que hablaba el castellano no solamente defectuosamente sino con mucha dificultad y con acento muy especial, llegó a México procedente de Tibet. Su primer visita fue a don Rodrigo a quien usted ya conoce.

—Sí, sí, ya lo recuerdo —contestó el escritor.

—Pues bien, entre las rarezas de ese mexicano de que le hablo, él afirmaba tener entonces más de 147 años de edad, siendo que en verdad no representaba más de unos cuarenta y cinco, quizás cincuenta años.

—¡Un momento, un momento! —interrumpió el escritor—. ¿No está usted exagerando?

—Bueno, señor Benavides, en todo caso el que exa-

geró fue él, no yo. Eso fue lo que él dijo; pero oiga el relato. Afirmó que salió de México en calidad de marino en un barco mercante extranjero, cuando tenía poco más de treinta años de edad, habiendo terminado, después de algún tiempo, por radicarse en Tibet a donde abrazó la religión budista tibetana acabando por hacerse "lama". Ríase, señor Benavides, si gusta; pero eso fue lo que él me contó. En fin, transcurrieron los años y como había dejado en México esposa e hijos, hubo un momento en que sintió nostalgia por la tierra que lo vio nacer y quizá más por curiosidad que por cualquier otra cosa, vino a México. Llegó al país con pasaporte tibetano y como simple turista. Quedose sorprendido, maravillado, de los cambios, de la transformación de esta ciudad de México y que él recordaba cómo era a mediadios del siglo pasado. Hablaba de sus días mozos vividos durante la guerra de Independencia de México y mencionaba con naturalidad y clara memoria los nombres de personajes sobresalientes de la política de aquella época, como por ejemplo Hidalgo, Morelos, Iturbide, Juárez y Santa Anna. Recordaba muy vagamente el principio de la invasión francesa, más conicida como "la guerra de los pasteles" de la que se enteró cuando ya iba viajando en el barco mercante. A consecuencia de lo anterior, ignoraba toda la historia de México. Ya desde Lerdo de Tejada no sabía nada. Nunca oyó hablar de don Porfirio Díaz, ni mucho menos se enteró de la revolución mexicana empezada en 1910. Pero el colmo: ¡no oyó jamás nada referente a la primera guerra mundial!, en cambio, sí estaba bien enterado de la Segunda Guerra Mundial desencadenada por Hitler y que sacudió a todo el mundo, incluyendo a Tibet. Ese lama mexicano-tibetano llegó a México unos cuatra años después de que Hitler se suicidó. De ese personaje se expresaba muy mal llamándolo "despreciable mago negro". Del nazismo decía que era la

"religión de los suicidas" y de la swástica, que era antiquísimo símbolo de crimen.

—Todo eso, Tarquino, me parece francamente imposible —comentó el escritor—. ¡Sí, es increíble! Cuando uno lee sobre esas cosas, se toleran; pero oírlas así de boca de un testigo presencial, ya es otra cosa. He leído algo sobre esas cosas raras de Tibet, y bueno, han pasado; pero oírlas así de cerca resulta... bueno, le ruego continuar, trataré de entender, supongo que solamente así es posible aceptar esos fenómenos.

—Pues, señor Benavides —dijo Tarquino—, no lo culpo por su reacción que es completamente normal, sí, porque a mí me sucedió en ese entonces exactamente lo mismo, quiero decir que no entendía el fenómeno y por eso tampoco lo aceptaba. Pero déjeme continuar. Al hablar el lama mexicano-tibetano de lugares conocidos para él, mencionaba con insistencia algunos sitios, como "El Salto del Agua" por donde él vivió de niño y hacía de aguador. "El Tepeyac" que visitó algunas veces; pues desde niño sintió gran inclinación a lo místico. Pues bien, don Rodrigo, desde un principio me pidió auxiliara a este lama-turista en su visita a la ciudad y yo lo hice con mucho gusto. En uno de esos días me dijo poco más o menos: "preguntarás seguramente que fue lo que me impulsó a irme y finalmente a convertirme en lama, ¿no es así?

—¡Caramba, Tarquino, yo estaba pensando precisamente en esa pregunta! —comentó el escritor.

—Sí, naturalmente que sí me interesa conocer sus motivos —le contesté— pues me parece un poco extraño; aunque muchos mexicanos se han ido a radicar al extranjero. Lo verdaderamente raro es que usted se haya sumado a la religión tibetana. ¿Y qué cree usted, señor Benavides? Por contestación me mostró la palma de su mano izquierda a la vez que decía: "Pues mira, fue esto

lo que me arrastró hasta allá y lo que me hizo quedar..."

—No entiendo lo que me quiere usted decir, Tarquino. El le mostró a usted la palma de la mano ¿y qué? ¿qué tenía en ella?

Tarquino contestó:

—Es que al mostrarme la palma izquierda con el índice derecho me señalaba unas líneas que formaban claramente una estrella de seis puntas, más conocida como "Estrella de David".

—¡Ah! —fue toda la contestación del escritor.

Tarquino se llevó las manos a la nuca, se recargó en su asiento giratario, sonrió con aire de tristeza y satisfacción a la vez y continuó el relato:

—Para mí, aquello de las líneas era ciertamente admirable, más que todo, por la claridad con que se presentaba el signo; pero eso era todo, yo no entendí su trascendencia muy a pesar de que en mi niñez ya había oído hablar de ese mismo símbolo... bueno, señor Benavides, después le explico... El lama me dijo en tono paternal: "No estás aún en momento apropiado para saberlo, por eso no te doy explicaciones; pero un día no lejano lo sabrás, pues también tú llevas este signo en la mano izquierda, ¿ya lo habías visto? ¡Mírate la palma no es ninguna casualidad que nos encontremos, la casualidad no existe.

—¡Caramba! —comentó admirado el escritor—. ¿De verdad lleva usted ese signo en la mano? ¡Muéstremelo, será el primero que veré en mi vida y quizá será el último! ¡Es la primera vez que oigo hablar de eso!

—Pues naturalmente que sí llevo ese signo formado por líneas naturales —contestó Tarquino mostrando la palma de la mano izquierda—, por cierto, que fue una sorpresa para mí, pues efectivamente, allí estaban los dos triángulos entrelazados formando la estrella aludida. Ese era un detalle que yo había olvidado por completo. Una

gitanilla me vio el signo cuando era niño y me lo dijo; pero yo lo había olvidado. ¡Mírelo usted, señor Benavides, aquí están las líneas bastante claras, anque un poco disimuladas para que no se distingan a primera vista, pues hay ciertas personas que no deben ver esto.

El escritor se quedó sorprendido, porque todo eso era verdad: allí estaban las líneas mencionadas, estaban perfectamente claras. Preguntó intrigado:

—¿Qué significan? ¡Supongo que me explicará lo relativo a ese signo!

—Tal vez sí; pero no será hoy, pues necesito autorización para hacerlo. En fin, déjeme usted continuar con el asunto del lama. Como último acto público de su estancia en México, el lama de quien le vengo hablando, dio una conferencia. El tema fue: "LA UBICUIDAD", ¡y dio la conferencia... precisamente en estado de ubicuidad! Quiero decir, que el cuerpo se quedó dormido en un cuarto del Hotel Regis, mientras que el espíritu hablaba al público... ni más ni menos que cómo a mí me habló el hindú!

—¡Un momento, Tarquino, un momento! —interrumpió el escritor—. ¡Usted está exagerando!, ¿no es verdad?

—¡No señor, no estoy exagerando! —contestó Tarquino con énfasis—. La conferencia fue muy corta y a medida que transcurrió, los presentes notamos cómo la voz se iba alejando a la vez que las partes visibles del cuerpo, manos y cara, poco a poco se desvanecían, hasta que el conferenciante optó por salir del salón apresuradamente. Entonces lo seguí a paso rápido. Ya en la escalera de salida a la calle, me pareció que se desplomó la ropa vacía, misma que pronto se desintegró como humo ligero, del que no quedó nada. Con miedo, se lo confieso, pasé por esa parte de la escalera, salí a la calle y me fui a mi domicilio con una maraña de ideas contradictorias en la cabeza.

El escritor sonrió maliciosamente. Bajó la vista para disimularlo, mientras que jugueteaba con un lápiz que tenía en la mano; pero nada ocultaba su escepticismo. Después de larga pausa, Tarquino aseguró:

—A pesar de todo lo que vi y oí, me sentía verdaderamente incrédulo. Pensé toda la noche. Razoné tratando de encontrar el truco sin haber llegado a encontrarlo. Simplemente no entendía yo el fenómeno y como no lo comprendía, opté por la solución fácil: ¡negarlo! Fue precisamente entonces cuando el Lama mexicano-tibetano me repitió en tono insinuante: "No me crees, ¿verdad? Mas un día vendrá alguien a quien creerás y entonces te acordarás de mí."

—¡Ah! —exclamó el escritor— ya entiendo, se ligaron dos épocas con esas palabras.

—Sí, efectivamente así es. ¡Al fin sucedió lo profetizado! ¡Vino un hindú en estado de ubicuidad y a él sí le he creído... pero es natural, ésta vez el fenómeno me encontró debidamente preparado para entenderlo. Sí, yo he estudiado mucho durante años, he trabajado sobre este tema y me he sometido a penosos ejercicios, por ello, ya dije a usted antes, en cierta forma ya he logrado realizar el fenómeno de la ubicuidad.

—¿Me quiere decir que usted se queda dormido en un sitio, digamos aquí en su casa y puede ir en espíritu a otra parte y hasta hablar con alguien?

—Eso es lo que estoy afirmando. Con frecuencia, en estado de ubicuidad visito centros espiritistas no solamente de aquí en México, sino aun del extranjero, particularmente hacia Sur América. Mire usted, en ese archivo tengo correspondencia que lo atestigua. Debido a esto es que cuando el hindú vino, yo no me sobresalté, pues ya entendía el fenómeno, y claro que me emocionó; ¡pero sinceramente se lo digo: no me asustó! Yo no puedo realizar fenómenos como es el de dar vida a una flor ya

muerta; pero entiendo el mecanismo y sé de personas capaces de realizarlo.

Cuando esto decía Tarquino, era ya muy tarde, por ello dieron por terminada la charla quedando en que volverían a reunirse en fecha próxima para que el estudiante de ciencias ocultas pudiera continuar relatando sus aventuras en ese mundo raro que él llamaba: "la dimensión inexplorada".

Pero esas charlas hubieron de suspenderse, porque una noche sonó el timbre del teléfono del escritor y al contestar oyó que Tarquino le decía:

—Señor Benavides, lo lamento mucho; pero no podremos tener ninguna nueva plática hasta que regrese a México, pues ya estoy haciendo las maletas, salgo para India muy próximamente.

Tarquino debe haber adivinado la inquietud del escritor, porque agregó:

—Pero no debe usted preocuparse, pues no abandonaré mi compromiso contraído con usted de platicarle de estas cosas. Supongo que por allá encontraré tema de qué hablar, de manera que simplemente le escribiré sobre lo que juzgue más importante y a mi regreso, que no sé cuando será, ya se verá si a usted le interesan estas charlas sobre sucedidos raros.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

LLEGADA A INDIA

Calcuta, marzo de 196...

Señor Benavides: Con este escrito empiezo a cumplir mi promesa, de enviarle mis impresiones de este país enigmático y legandario. Sin preámbulos entro en materia, pues no dispongo de tiempo. Lo que me parezca menos importante se lo platicaré a mi regreso.

Fraternalmente.

Tarquino (rúbrica).

Largas horas de meditación durante el viaje, me acompañaron hasta mi llegada a Calcuta, la vieja puerta de entrada a la soñolienta India y que está en el Nor-Este en el Golfo de Bengala, tierra de donde salieron muchos enormes y feroces tigres para las sangrientas fiestas de la Roma antigua.

Una ilusión me animó para llegar hasta aquí: venía en busca de la revelación, tan antigua como la conciencia del hombre y sin embargo, tan escondida... ¡son tan pocos los que la han encontrado!

Desde antes de llegar, sabía que aquí, cinco mil años atrás, esto es: muchos siglos antes de que Abraham apareciera en escena como padre de los hebreos, nació Krish-

na el iluminado, el que encontró la revelación, mismo que dictó la idea motriz, hoy de sentido oculto, que habría de convertirse en el principio generador de todas las religiones posteriores que nacieron siendo monoteístas o que se reformaron para convertirse en monoteístas porque sus ministros participaron del concepto de un solo y único creador, supremo Dios, inmaterial e inmortal.

Y al recordar esto, ya pisando esta tierra cálida y en gran parte maloliente, no podía yo ignorar el concepto madre del brahamanismo que dice: "El, que crea sin cesar los mundos, es triple: es Brahma (el Padre) EL, es Maya (la Madre), EL, es Vishnu, (el Hijo) y que son: esencia, substancia y vida, (espíritu cuerpo y alma). Cada uno contiene a los otros dos y los tres son uno en lo inefable".

Reflexionaba que el padre de los hebreos: Abraham o Abrahma, que en su origen significó: de Brahma o sea: adorador del Dios único Brahma, fue sólo un discípulo tardío de las enseñanzas dejadas por Krishna.

Sabía también que ya desde muy en la antigüedad, esa doctrina madre, motriz, viviente en toda su plenitud aún hoy en día en todas las religiones importantes, fue adulterada con agregados profanos, algunos verdaderamente vulgares, tan sólo para satisfacer los sentidos físicos o adorarlas con dioses menores o secundarios, solamente para satisfacer a todos los gustos; pero estos dioses menores y milagrosos se proliferaron tanto, que propiciaron la idolatría primero y la decadencia de la religión después.

Sí, ya en los albores del cristianismo, India se precipitaba en su decadencia por falta de cohesión religiosa, misma que pudo haberle dado una religión fuerte y dinámica. Esa debilidad ideológica convirtió a India en fácil presa de pueblos aventureros y guerreros hasta que se convirtió en servidumbre de colonizadores armados.

Sabiendo todo esto, la incertidumbre agitaba mi alma, pues temía recibir una desilusión que tal vez destruiría los conceptos que durante tantos años estuve alimentando. Por momentos pensaba que al fin había llegado a un mundo luminoso como el Sol de mediodía; para luego trocar mis ideas y ver ese mundo como cavernas obscuras, habitadas por murciélagos y alimañas; como refugio de entes no pensantes, como fortaleza de hombres que vegetan, que viven sentados, dormidos, indolentes, en fin: espíritus rehacios al progreso. Temía que mis esperanzas tan largamente acariciadas se rompieran como juguete de cristal.

Este viaje, mi estimado señor Benavides, no es una visita frívola en busca de diversión nocturna, de mercados de sedas y joyería, no señor, no es nada de eso lo que busco. He venido en busca de un tesoro mucho mayor y más duradero que todo eso: busco al espíritu. Trato de resolver en mi mente viejas incógnitas, antiguas dudas.

El hombre occidental que vive no solamente rodeado de un torbellino, sino que con lamentable frecuencia el propio torbellino lo arrastra, porque lo lleva en sí mismo, pierde la noción de su YO y cuando no se precipita en lo negativo; anhela como meta principal vivir en paz y quietud, siquiera sea por unos instantes; actitud, aspiración, que generalmente se limita a desear paz y quietud física, no espiritual, mientras que el torbellino mental y espiritual continúa. Es por esta incertidumbre y anhelos mal canalizados, que muchas personas dirigen su vista hacia India, país que imaginan romántico, poético, soñador; aunque en final de cuentas algunos resultan decepcionados.

Desde el primer instante se aprecia que la personalidad de este pueblo es impresionante, exótica, altiva, mística en extremo y siempre contradictoria. La gente no se atreve a matar una hormiga o un insecto aunque sea

dañino, en cambio degüellan y asesinan a sus semejantes cuando no profesan la misma fe.

Domina como religión el hinduísmo que tiene a Brahma como Dios principal. En segundo lugar está la religión musulmana fundada por Mahoma en el mundo árabe. Luego sigue una gama infinita de dioses, creencias y sectas entre las que está el budismo y esto, no obstante que Buda haya sido nativo de India. También el cristianismo figura como religión; pero de manera mínima, no obstante que el nombre Cristo tenga su raíz en Krishna y que Abraham tenga su raíz en Brahma. En India no se concibe a un ser humano que no sea un ser religioso, adorador de alguna o muchas deidades.

Desde el punto de vista arquitectónico e histórico que salta a la vista, están los templos. En ellos se vive gran parte de la vida diaria. En los templos está la historia de las invasiones.

De India parecen haber salido las ideas básicas, fundamentales de todas las religiones actuales. El brahmanismo data de los días de la cultura clásica en Egipto, siglos antes de la Grecia clásica. Y sucede que, mientras que en Egipto y Grecia las antiguas religiones son ya mitología, en India, las religiones contemporáneas a las mencionadas egipcia y griega, siguen siendo religiones vivas con lenguaje e interpretación antiguas, particularmente en la religión del Indostán, a donde el pensamiento parece haberse detenido.

El hinduísmo, al igual que el cristianismo, consta de una trilogía: Brahma, como creador, Vishnú como Dios de la Conservación y Ziva como el Dios de la destrucción y de la regeneración.

El culto a estas deidades, especialmente a Ziva, es impresionante. Multitudes enormes lo rinden, particularmente a Ziva, cuyos atributos son escalofriantes, puesto que lo mismo produce la vida, que la muerte y la destrucción. Es la naturaleza misma en todas sus múl-

tiples manifestaciones, así pues, esa adoración es hacia la naturaleza.

El tan acendrado sentimiento religioso es lo que ha dado la peculiar fisonomía de India, pues para todos, el vestir, el comer, el vivir y todas las costumbres, tienen profundas raíces en las religiones.

Desde antes de salir de México me hice el propósito de no juzgar a este pueblo por lo que viera en la calle; lamentablemente no se puede evitar ver lo que sale al paso, de lo que algún día le contaré.

Según me explicaron en el hotel, la miseria que se vive particularmente en Calcuta, tiene su principal origen en la intolerancia religiosa, pues a partir de los días de la Independencia de este país, lograda por el gran Mahatma Gandhi, empezó a dominar en la región de Pakistán la religión islámica, es decir: el mahometanismo, mismo que determinó expulsar a todos los que no pertenecieran a esa religión. Pero desgraciadamente la cosa no ocurrió pacíficamente, sino que se ha venido manifestando en forma de feroz persecución, de crímenes inauditos, de asesinatos en masa, de incendio de casas y aun de aldeas enteras. Como es natural, esto hizo que todo el que no sea musulmán tenga que huir hacia el interior del país; y la ciudad más grande y cercana es Calcuta, a donde arriban diariamente los que huyen de la intolerancia religiosa del Norte, llegando como náufragos, sin bienes de ninguna clase, sin conocer a nadie y frecuentemente con dialectos que nadie entiende, resultando así, ser extranjeros en su propia patria. Esos son los seres que se convierten en pordioseros hambrientos que luego salen a morir en la calle.

Era esta cruel realidad, señor Benavides, a la que yo temía enfrentarme y hoy, aunque no sea de mi agrado, la tengo a la vista.

Saludos. *Tarquino.* (Rúbrica).

Capítulo 2

DE VISITA EN AGRA

Señor Benavides: el siguiente es mi segundo relato.

Tarquino.

Espectáculos deprimentes como los de Calcuta no me interesaban. Lo que por el momento ansiaba, era llegar a Agra, ciudad a donde esperaba entrar en contacto con el movimiento místico ocultista que vine a buscar a este país. Me imaginaba que de un momento a otro sin saber exactamente dónde ni cuándo, encontraría al maestro hindú, aquel que una tarde de octubre, se presentó en mi domicilio de México en estado de ubicuidad.

Lo primero que hice al llegar al hotel de Agra, ciudad que alguna vez sirvió como capital de India, fue pedir en la administración del hotel, me pusiera en contacto con el guía de turistas, cuyo nombre llevaba anotado en un papel y que según creo, es nativo de India. Como contestación, me prometieron pasarle el recado tan pronto regresara de un "tour" a donde había salido con varios turistas.

La tarde en que esto sucedió y todo el día siguiente, disfruté visitando el mundialmente famoso, por hermoso, monumento al amor llamado Taj-Ma-hal, del cual recibí, como tantos otros viajeros, una gratísima impresión. Por la noche, cuando estaba cenando se me presentó el guía de turistas buscado, para advertirme que me esperaría

en el patio del hotel, sitio en el que además, podría yo ver, como diversión para turistas, una exhibición de cobras amaestradas y la presentación de un fakir.

Al abandonar el comedor, el guía de turistas, tipo gordo, suciamente vestido a la europea, se apresuró a atender a los turistas que reían a carcajadas por las gracias que hacía un pajarito amaestrado.

Cuando salí, el guía fue a mi encuentro creyendo que solicitaba sus servicios profesionales. Le entregué la carta de presentación que llevaba escrita, supongo que en indi. Le llevó mucho tiempo leerla. Revisó el papel mirándome de reojo de hito en hito, hasta que acabó por decirme en regular inglés:

—Usted quiere algo especial, ¿verdad? ¡Digamos un fakir extraordinario!

Recurrí a toda mi paciencia para tratar de entender a aquel hombre, no precisamente en lo que decía, sino en lo que había detrás de lo que decía, pues había el riesgo de que esa carta, tan valiosa para mí, estuviera en manos inapropiadas. Contesté igualmente en inglés:

—¡Amigo mío, yo deseo nada más lo que está escrito en ese papel! ¿Entiende usted lo escrito?

El guía contestó con orgullo, quizás un tanto ofendido; pero indeciso:

—¡Lo entiendo perfectamente! ¡Esta es mi lengua materna! ¿No es usted un turista?

—Pues, digamos que sí, para los otros turistas y para el hotel. ¿Me entiende usted?

El guía levantó los hombros en actitud de inconformidad, haciendo un dengue con la cara a la vez que dijo en voz baja y en tono de resignación:

—Como usted guste; pero esto no se podrá arreglar en pocas horas, tendrá usted que permanecer por este rumbo varios días.

—¡Conforme! —fue mi contestación en tono definitivo.

—Esta carta debo mostrarla a alguien, pues no seré yo quien dará a usted lo que en ella se ordena —afirmó el guía.

—OK, —contesté, luego me encaminé hacia el grupo que estaba desde hacía rato, divirtiéndose con las serpientes miopes, desdentadas, hipnotizadas y amaestradas.

En realidad, aparte del Taj-Ma-hal, en Agra no hay otra cosa importante que ver y no me voy a detener en esas minucias como joyería, etc.

Por la noche, a la hora de la cena, el ya mencionado guía de turistas gordo y sucio, me hizo saber que me esperaría afuera. No queriendo alargar más mi incertidumbre, dejé la mesa y fui a donde el guía me esperaba acompañado de un tipo que supuse hindú, vestido vulgarmente con una de esas largas y sucias túnicas que alguna vez fue blanca y que usa todo el pueblo pobre, incluidos los pordioseros, los encantadores de serpientes y los fakires. Fakir, significa "limosnero".

El guía de turistas me dijo no muy contento y en un inglés poco claro:

—Este hombre se encargará de cumplir la orden escrita en esta carta. El no habla el idioma inglés y a no ser que usted hable en nepalí, no habrá manera de que se entiendan más que a señas... bueno, habla también un poco el indi; pero no creo que eso le ayude a usted gran cosa.

De manifiesta mala gana me entregó la carta, como quien siente que se le ha ido de las manos un buen negocio. Ya se disponía a retirarse, cuando lo detuve preguntando:

—¿Cuánto debo a usted por sus servicios?

—¿Por mis servicios? ¿Por esto que he hecho? Nada, ¡nada, bah, nada!

—Permítame que le obsequie algún dinero, —insistí metiendo la mano en mi bolsillo.

El guía me miró sin contestar. Se mostraba indeciso

y finalmente se retiró haciendo una caravana forzada; pero sin recibir el dinero que yo le estiraba.

A partir de ese momento quedé literalmente al amparo de aquel arrapiezo con quien de nada me serviría hablar; pues no me entendería. Ese nuevo guía me hizo seña de que lo siguiera y ya en la administración del hotel, valiéndose de un empleado intérprete, me hizo saber que pasaría a recogerme al día siguiente antes de que saliera el Sol. Dijo que estaríamos ausentes varios días y que, sin embargo, no debía llevar equipaje de ninguna especie, debiendo usar ropa tan ligera como me fuera posible.

¡A la tierra que fueres, has lo que vieres hacer! Así dice el refrán. Cuando mi nuevo guía el nepalí o quizá tibetano llegó a la madrugada siguiente, yo ya lo estaba esperando vestido con un pantalón ligero y una guayabera yucateca sobre la camisa. Por todo equipaje llevaba un tubo de pasta para lavarme los dientes, un cepillo para el mismo uso y un jabón pequeño. Cuando preparé esos adminículos de aseo, no imaginé que no tendría oportunidad de usarlos.

Casi todo el dinero de que disponía quedó en la administración del hotel. Abordamos un automóvil destartalado; tal vez de los que según se dice son armados en la propia India. En todo caso, el pobre auto estaba ya muy cerca del cementerio de automóviles.

Hasta eso de las nueve de la mañana el viaje fue molesto; pero soportable. De esa hora en adelante empezó un calor tremendo que para eso de las dos de la tarde me resultó infernal. ¿Y de comer o beber?, ¡nada! En mi entusiasmo no preví ese pequeño detalle, ni pensé tampoco en agua.

A eso de las dos de la tarde o poco más, con mucha hambre; pero con mucha más sed, con la vista irritada, cubierto de polvo hasta lo increíble; adolorido por los constantes saltos, consecuencia de tanto bache y piedras;

sordo por el ruido del vehículo y explosiones del motor que no tenía silenciador y por el rechinar de portezuelas y resortes de asientos, llegamos a una insignificante aldea de donde salieron a recibirnos perros y muchos niños desnudos, con las piernas flacas, el vientre abultado y el ombligo saltón. Después aparecieron varias mujeres y por último algunos hombres. Todos se quedaron mirándome como si se tratara de un astronauta.

Creí que allí tendría que pagar al chofer; pero ni él ni el guía mencionaron dinero ni a señas ni en inglés, idioma que por cierto ninguno de los dos hablaba; pero que en tratándose de dinero todo mundo sabe como pedirlo.

El desarrapado guía, pronto se enredó en acalorada charla con los habitantes de aquella aldehuela. El chofer se quedó sentado a la bartola, sacando un pie por la portezuela abierta. Yo estaba de pie observando desde lejos. Hombres y mujeres estiraban el brazo en actitud de señalar, cada cual hacia distinta dirección en la distancia, a la vez que iban levantando la voz para hacerse oír en el tumulto.

—¡Ojalá que se pusieran de acuerdo y que todos señalaran hacia una misma dirección! —pensé hablando casi en voz alta, pues me sentía contagiado por el medio.

Ya empezaba a ver ese asunto un poco complicado, lo cual me asustaba, pues, ¡caramba!, ¡en manos de quién vino a quedar mi destino! Yo entonces temía que fracasara esa primera experiencia que tanto había anhelado. Y mientras que esa gente se ponía de acuerdo, yo estaba sintiendo sobre mi carne enrojecida el aguijón de millones de bichos voladores, entre los que abundaba la mosca zumbadora de gran tamaño y de color verdoso.

El olor clásico de India estaba de nuevo presente en esa aldea. La razón de ese olor repugnante, molesto, que quita el apetito aún al más hambriento occidental, y peor si es estadunidense, parte de la muy antigua costumbre

de convertir el estiércol de las bestias de carga y de boñiga de vaca, en tortas del tamaño de un pan grande, casi siempre aplastadas en forma de discos y que después de sacadas al sol, se usan como combustibles en la cocina. De ahí el humo espeso y maloliente que se esparce hasta grandes distancias.

Por su parte, las cocinas distan mucho de ser blancas y de tipo occidental, me refiero a las cocinas del pueblo pobre que tanto abunda. Son por el contrario, reminiscencia de épocas primitivas: tres piedras en el suelo o sobre un montón de tierra y una vasija de barro encima, de la que se desprende algún olor de comida que es siempre dominado por el olor del humo espeso que ennegrece la habitación. Claro, me imagino que habrá cocinas modernas en las ciudades y en las residencias de los ricos; pero esas no las vi y no creo que las haya en la aldea a que me estoy refiriendo, en la que continuaban los gritos porque todos, incluyendo los muchachos y los niños, todos hablaban a la vez, mientras que los perros ladraban.

De lo poco que hasta ese momento había visto en India, observé que a esa gente le encanta hablar, sobre todo, hablar sentada al estilo sastre. Y allí, sitio al que seguramente rara vez llegaban extranjeros, los aldeanos parecían disfrutar grandemente el placer de hablar todos al mismo tiempo. El guía no sabía a quién atender.

Yo hubiera querido tomar agua, de preferencia embotellada; pero ya estaba mirando que ni embotellada ni de ninguna otra sería posible tomar

Al fin, para mi regocijo, regresó el guía al vehículo. Iba seguido de toda la chusma. Habló con el chofer y volvió de nueva cuenta la discusión, esta vez entre chofer y guía. Estaba a la vista que el operador del carromato se negaba a continuar el camino. Manoteaba, gritaba, señalaba el motor y el indicador de gasolina; luego se cruzaba de brazos y se acomodaba en su asiento, para